

EL CRISTIANISMO Y CÓMO INGRESÓ A ROMA:

a) Definición enciclopédica:

Cristianismo: Conjunto de las religiones fundadas en la persona y las enseñanzas de Jesucristo. 2.
Conjunto de las personas que creen en esta religión.

Tras la muerte de Jesús, el cristianismo fue difundido por los apóstoles. San Pedro fue el primer obispo en Roma, pero el apóstol más activo difusor de la doctrina fue San Pablo, quien la propagó por Asia Menor, Grecia y Roma. Aunque sufrió persecuciones desde el siglo I, el número de adeptos fue aumentando hasta que, finalmente, Constantino lo reconoció (edicto de Milán, 313) y Teodosio lo declaró religión del estado (fines del siglo IV). Durante la edad media se extendió por todo el mundo civilizado, a pesar de que, ya desde su nacimiento, tuvo que enfrentarse con graves problemas: las herejías, el cisma de Oriente (1054), que separó la iglesia bizantina de la latina, el cisma de Occidente (1378) y la Reforma (siglo XVI), que separó el protestantismo de la iglesia Romana. Frenado por el auge del racionalismo en el siglo XVIII, se difundió por todo el mundo en el siglo XIX gracias a las misiones. Con el movimiento ecuménico y el concilio Vaticano II, el cristianismo intenta superar sus divisiones (católicas, protestantes, ortodoxos) y recobrar su unidad.

b) Los inicios del cristianismo:

El cristianismo se originó en Palestina, oficialmente anexada a Roma el año 6 d.C., cuando aquella estaba en ebullición. Por entonces había muchas sectas, algunas espirituales y otras políticas, que esperaban al Mesías, al Salvador prometido, que los libraría del dominio Romano. El fundador del cristianismo, Jesús de Nazaret, comenzó a predicar que "El reino de Dios está próximo", mensaje que muchos judíos esperaban, por lo que lo siguieron multitudes, pero las autoridades Judías sospecharon de él y sus seguidores disminuyeron. Después de predicar sus enseñanzas por tres años, fue aprehendido, juzgado y crucificado por la autoridad romana. A pesar de lo anterior, la fe

cristiana comenzó a propagarse, si bien en un principio se situaba en un contexto puramente judaico. Pablo de Tarso, judío converso, amplió el ámbito del cristianismo al predicar en las islas del Egeo, Asia Menor, Grecia, Italia, etc., donde existían comunidades judías, que no siempre se convertían. Muchas veces estallaron revueltas anticristianas, llegando estas comunidades a separarse irremediablemente cuando los cristianos no apoyaron el levantamiento judío del año 66 d.C.

Antioquía, considerada la cuna del cristianismo de los gentiles, extendió su influencia hacia el norte y el este. En el siglo I se construyeron iglesias en Roma y al parecer en España. A mediados del siglo II, éstas se habían extendido a las provincias orientales del imperio y aparecían en el valle del Rin y al norte de África. La importancia que cobró el cristianismo atrajo la atención de escritores como Plinio el Joven y Tácito, que describió cómo Nerón utilizó a los cristianos para desviar la hostilidad que había contra su persona. En el siglo III, al decaer los cultos tradicionales, el cristianismo se transformó en una fuerza considerable.

Cuando el emperador Constantino decidió aceptar el cristianismo, a principios del siglo IV, sus motivos fueron más bien políticos, pero significaron una decisión trascendental. El año 313 el Edicto de Milán consigna la libertad religiosa y la igualdad de derechos para los cristianos, la devolución de bienes expropiados a la iglesia y la abolición del culto estatal. Posteriormente, el cristianismo fue establecido como religión oficial del imperio.

Los acontecimientos que modificaron la posición de la iglesia fueron las invasiones de los germanos en Europa occidental durante el pontificado del papa León I (440–461) y el rapidísimo avance de Islam a partir del 635. La fuerza de Islam arrasó tres de los cinco (Alejandría, Jerusalén y Antioquía), amenazó el de Constantinopla y afectó al de Roma. Tanto España como el norte de África se perdieron e Iliria cayó en manos de esclavos de esclavos paganos. La suerte que corrió el oeste no fue muy diferente, pues la mayoría de los invasores, aunque cristianos, eran arrianos y no aceptaban la autoridad papal. Los francos y los anglosajones eran paganos.

A principios del siglo VIII la situación empeoró. En lugar de tener una iglesia unida, las disputas entre Roma y Constantinopla por obtener la primacía comprometieron la autoridad de la iglesia y en muchas regiones (Galia y España) las iglesias eran casi independientes.

LA CRISIS DEL IMPERIO

Tras un largo período de paz y prosperidad, el mundo romano se sumió en una crisis del siglo III. La presión de los germanos, por el norte, y la del recientemente formado Imperio sasánida de Persia, por el este, provocaron la caída del gobierno civil, después del asesinato al emperador Alejandro Severo en el año 235 d.C. Los ejércitos de las distintas provincias trataron de convertir a sus propios comandantes en emperadores, e hicieron trizas la economía. En Occidente, los galos se Zafaron del dominio romano y formaron su propio imperio, bajo Póstumo, entre los años 259 y 269 d.C. Mientras tanto en el este, los sasánidas invadieron Siria, derrotaron y capturaron al emperador Valeriano, saquearon Antioquía, la tercera ciudad del mundo romano, y promovieron la creación de un estado oriental independiente, gobernado por la "emperatriz" Zenobia de Palmira. Simultáneamente, el imperio fue asolado por la peste que, en el transcurso de los cuatro siglos siguientes, rebrotaba cada cierto tiempo. La desvalorización de la moneda y la inflación se sumaron a la angustia general, aumentada por una balanza comercial adversa, que ocasionó una salida desmedida de oro hacia Oriente. La inflación alcanzó niveles gravísimos: incluso desde una perspectiva actual: una medida de trigo en el siglo I d.C. costaba 6 dracmas en Egipto subió a 200 el año 276, a 9.000 el año 314 y a 78.000 el año 334 y más tarde a más de 2 millones. Fue necesaria la acción de una serie de emperadores fuertes, entre los años 268 y 284, para revertir una ola de invasiones y restaurar el orden interno. Cuando Diocleciano asumió el poder en el año 284, era evidente que todo el imperio no podía mantenerse unido en manos de un solo gobernante. Para descentralizar el imperio, Diocleciano dividió el poder quedándose él a la cabeza de la parte oriental y cediendo a Maximiano, que había sido elevado a la dignidad de

Augusto, la parte occidental, cada uno con su respectivo César como subordinado. Las provincias fueron reorganizadas en cuatro prefecturas y doce diócesis. Con ello moría el principado: los civiles habían sido derrotados por los militares. Más aún, había que encontrar una nueva estructura para la autoridad imperial: bajo la influencia de ideas orientales el Princeps se convirtió en Dominus, es decir en amo ogobernante absoluto a la cabeza de una gran burocracia. El centro de gravedad se inclinaba hacia el oriente y, en el año 330, el emperador Constantino fundó una nueva capital y ciudad cristiana en Bizancio, rebautizada Constantinopla. Una reforma del sistema tributario dio origen a un breve repunte económico. La crisis se postergó, pero no se revirtió. Aunque, teóricamente, el imperio estaba gobernado en forma conjunta, poco a poco se dividió en una mitad oriental y otra occidental y las provincias más lejanas cayeron en manos de invasores bárbaros.

DECADENCIA Y CAÍDA

La riqueza y el prestigio del Imperio romano, incluso en su época de decadencia en occidente, atrían a los pueblos que vivían más allá de sus fronteras. Algunos venían simplemente a establecerse bajo la protección del régimen romano, otros a saquear. Algunos generales bárbaros ambiciosos, de los que el imperio dependía cada vez más, ejercían una influencia considerable. El finel imperio no fue un colapso espectacular producto de las invasiones de los bárbaros, sin una declinación gradual. En el siglo V, el gobierno romano de occidente se había debilitado a tal punto que la capital misma quedó expuesta al ataque. El saqueo de Roma por los visigodos de Alarico en el año 410 marca el fin de una era; pero durante el siglo V los bárbaros ayudaron tanto a sustentar como a destruir lo que quedaba del imperio romano de occidente. El ejército que venció a Atila, el rey de los hunos, en los campos Catalaúnicos, al norte de Francia, en el año 451, pudo haber estado formado por tantos godos y hunos, en calidad de mercenarios y aliados, como el ejército que enfrentaban. Hacia fines del siglo, el Imperio romano

de occidente había desaparecido y había sido susitado por una serie de reinos bárbaros: los visigodos en España y suroeste Francia, los francos en el norte de Francia, los ostrogodos en Italia y los vándalos en el norte de África.

Sin embargo, en oriente, el régimen romano y sus tradiciones sobrevivieron a la crisis del siglo V y en el siglo VI experimentó una breve recuperación durante el reinado de Justiniano (527–565 d.C.). El emperador intentó incluso reconquistar algunas regiones del imperio de occidente que habían caído en manos de los bárbaros y logró recuperar el norte de África y la mayor parte de Italia. Sin embargo, estas victorias fueron solo pasajeras y los efectos de la tensión que estas aventuras militares provocaron en el imperio oriental, opacaron los últimos años de su reinado.

Sus sucesores tuvieron que enfrentar otra serie de crisis, como la ocupación de las provincias de los Balcanes por los ávaros, los asaltos de los sasánidas y el imparable avance del Islam. Sin embargo, pese a haber sido despojado de todas sus provincias orientales, el Imperio bizantino sobrevivió contra toda adversidad otros mil años más, hasta que los turcos conquistaron Constantinopla en el año 1.453. Dos siglos después del derrumbe del Imperio de Occidente, la monarquía bizantina conservaba las instituciones romanas, el latín en las cortes. A pesar de que el griego reemplazó al latín y que la administración política estuvo menos concentrada, el imperio oriental compiló los dos grandes monumentos del derecho romano: los códigos de Teodosio y de Justiniano. El Oriente también conservó y transmitió al mundo moderno el legado del mundo antiguo. Incluso en Occidente, muchas tradiciones romanas sobrevivieron, principalmente a través de la iglesia cristiana. Desde Nerón en el siglo I d.C. hasta Diocleciano, a fines del siglo III, los emperadores romanos habían perseguido, en forma intermitente, la nueva fe. Sin embargo, el cristianismo comenzó a extenderse, y durante el reinado de Constantino (312–337), en un extraordinario vuelco de la política imperial, se transformó en la religión oficial del mundo romano. Los templos de los antiguos dioses fueron cerrados o convertidos en iglesias cristianas, se construyeron basílicas en las ciudades del imperio y la nueva religión pronto llegó hasta los bárbaros, más allá de las fronteras imperiales. La iglesia cristiana copió incluso las estructuras del imperio romano en su organización. Las diócesis reflejaban las divisiones administrativas de Diocleciano; los obispos que tenían su sede en las principales ciudades se reunían en sínodo en las capitales provinciales y a

los prelados de los grandes centros metropolitanos se les otorgaba una dignidad especial. Roma, la sede episcopal de San Pedro, tenía presidencia en "dignidad" pero no en "autoridad", y sus obispos compartían el rango y el poder con los de Antioquía y Alejandría, a los que luego se les sumaron los de Constantinopla (381) y Jerusalén (451). Hasta fines del siglo IV no se encontraron claras expresiones de primacía papal.

Cuando el poder centralizado del imperio de occidente quedó destruido, fueron los jefes de la Iglesia, los obispos, quienes se transformaron en las figuras de la sociedad. El destino de la ciudad de Roma era ser un gran centro cristiano y, ya en la época de Constantino, comenzaron a construirse magníficas iglesias.

Durante toda la Edad Media y más tarde aún, ya erigida como sede papal, Roma conservó parte de su antigua importancia, pero su población disminuyó considerablemente. Sólo era una modesta ciudad con unas pocas decenas de miles de habitantes cuando fue elegida capital de la Italia unificada en 1870.
